



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO
CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCIARELLI
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

FRANCISCO ROMERO: EL FILÓSOFO Y LA FILOSOFÍA

BLANCA PARFAIT

Quizás haya sido en una de esas cansadas tardes en las que caminaba junto a uno de sus alumnos desde la vieja Facultad de Filosofía de la calle Viamonte hacia Retiro, o, tal vez, en esos ocasos de verano en los que el maestro Francisco Romero contemplaba el sol, que se resistía a desprenderse de sus colores, desde los ventanales de su casa en Martínez, cuando sus discípulos lo supieron. Cualquiera que haya sido el momento, había quedado claro que don Francisco, el filósofo que había pensado sobre los filósofos y la filosofía, ya tenía claramente pensada la actitud a tomar. Había resuelto que, tras su desaparición física, su cuerpo debía ser incinerado y había comprometido, para ello, a sus familiares y amigos. Mas, si bien la persona física desaparecería - lo que era inevitable-, confiaba en que no sucedería lo mismo con su obra escrita, con sus libros. Éstos, simples objetos de papel e historias, son los que permiten que un nombre se perpetúe y se sume a la cultura de un pueblo que, de este modo, se consolida y faculta la creación de una tradición. Los libros del pensador, la obra de su infatigable esfuerzo, quedan, así, al

alcance de todos aquellos que quieran leerlos. Tal vez, reflexionando sobre esta circunstancia, Romero había dicho que, si alguien deseara buscarlo, lo hiciera a través de sus libros, porque ahí estaría él. Su idea de la relación entre filosofía y filósofo, aquella afirmación de que el filósofo es laboratorio y garantía de su filosofar se hace presente en esa decisión plenamente asumida pues sabía que, cuando se escribe o se lee un libro, se cuele entre sus intersticios la íntegra personalidad del escritor, no solamente sus ideas, mostrando que entre la persona y la obra no puede haber escisión ninguna. El libro, que guarda en sí, según nos dice Romero, “las angustias y las esperanzas de la humanidad, el repertorio de las ideas sobre Dios, el fondo metafísico de la realidad y los esplendores de la naturaleza perceptible” 1, es una manifestación del espíritu del hombre.

Por ello preguntamos, de acuerdo con la clasificación que él realizara acerca de los filósofos que aparecen en el horizonte de la filosofía moderna en *aventureros, solitarios, políticos y profesionales*, a cuál de estos tipos responde Francisco Romero. Creemos que la segunda acepción es la que le corresponde, la del solitario, más aún que esa acepción tal vez deba ser compartida por la mayoría de los pensadores argentinos. Esto es así porque las instituciones de nuestro país poseen una debilidad estructural perenne- o, al menos es así hasta el presente-, y esta característica arrastra como consecuencia el que toda labor cultural se sustente por la persona misma y no por la institución que debería protegerla, sostenerla y difundirla. Porque no es suficiente con escribir los pensamientos, con trabajar asiduamente en el pulido de las ideas, sino que es imprescindible mantenerlas vivas en el tiempo para poder formar la cultura de una nación porque, cuando el delgado hilo de la vida se destruye, cuando la persona física desaparece, sus obras van girando en el vacío que sigue a la muerte misma. De ahí que, en nuestra patria, se haya hecho necesario fomentar la cultura desde las instituciones privadas ya que no hay ni soporte ni política cultural nacional. Por esto una mirada a la cultura argentina nos muestra chispazos personales brillantes seguidos de ocasos eternos y se hace muy difícil señalar las líneas continuas que conforman una viva tradición cultural.

En este homenaje a los cincuenta años de la desaparición física de Romero queremos recordarlo tanto a él como persona como así a sus pensamientos como filósofo argentino, insistiendo en su idea de unir al filósofo con su pensar.

Para Romero la filosofía, que es “en su perfección y plenitud, experiencia de la totalidad del conjunto”2 sólo puede realizarse en la persona del filósofo, mas éste, como hombre, está sometido a los mil avatares de la existencia, que lo cruzan cotidianamente, y sus influencias no hacen sino obligarlo a tomar posiciones, muchas veces encontradas. Por ello se hace necesario distinguir entre el individuo y la persona, y entender al individuo, por un lado,... “ como entidad psicofísica que.... obedece a su naturaleza, a su

conveniencia, a sus gustos e intereses y a las coerciones externas que lo encauzan o reprimen” y comprender, por otra parte, a la persona, entendiéndola como centro ideal, pues toda persona es un “sujeto espiritual.., que se vuelca por entero a objetividades..., pues la persona se determina por principios y valores”.³

En *Filosofía de la persona* alude a las relaciones entre el individuo y la persona cuando sostiene que la persona se constituye sobre el individuo psicofísico y es “efectivamente unidad, pero también voluntad de unidad, de coherencia...y de esta unidad derivan como dos exigencias o consecuencias necesarias, lo que llamamos *el deber de conciencia y el deber de conducta*”.⁴

Recuerda, al respecto, las conexiones entre rostro y máscara del romanista Karl Vossler para quien “el concepto de persona se refiere a dos cosas: a un papel que se representa, y al supuesto de que nosotros mismos debemos devenir ese papel que representamos”⁵ y a Klages, quien advierte que la etimología señala en la persona “una duplicidad: el rostro sin vida de la máscara y la voz que resuena a través de ella, que es la voz de un dios en el drama primitivo”, pensamiento que comparte Romero pues concluye que esa voz cubre “con sus palabras de eternidad el eco débil de nuestras propias palabras”.⁶

El centro personal, sostiene, es de índole volitiva ya que “nuestras facultades espirituales: cognoscitivas, estéticas, etc., componen como un círculo en cuyo foco anida la voluntad como actividad espiritual, es decir, como voluntad de conocimiento, como voluntad de creación o delectación estética, etc. El momento volitivo funciona dentro de cada actividad espiritual y la determina”.⁷

Esa doble manifestación humana no hace sino llevar luz hacia la naturaleza del hombre que muestra las dos caras: la individual y la personal, el individuo *tiene* un plan o programa, la persona *es* plan y programa, el individuo delinea su vida por sus intereses subjetivos, la persona constituye su horizonte por instancias de valores. El individuo *desempeña* su papel, la persona *lo crea y elige su conducta*. No es sino la voluntad de realización de los actos espirituales lo que hace a la persona, es la conciencia de ellos y la necesidad de ejercitar los valores, de que ellos se conviertan en un hábito propio, de que existan la verdad, la belleza y el bien y, al hacer hincapié en los valores éticos, sostiene “que se afirman o realizan cuando afirmamos o realizamos cualquier valor... la verdad nos dice que algo es o no verdadero, la justicia nos sirve de criterio para saber que algo es justo o injusto... obramos éticamente cuando acatamos y realizamos el valor ético, ...la eticidad es el núcleo más íntimo y entrañable de la persona, su substrato, su brújula, lo que le permite entrar en relación activa con todos los valores... el foco de la persona es el apasionado “sí” a los valores que ante ella desfilan”⁸

Este insistente pedido de eticidad en la conducta personal es el resultado de la intrínseca compenetración entre vida y filosofía. Idea ya sostenida por Fichte quien había aseverado “que un sistema filosófico no es como un ajuar muerto, que se puede dejar o tomar como nos plazca, sino que está animado por el alma del hombre que lo tiene” 9 También Romero sostiene con afán esa unión pues, si la filosofía busca la verdad, el filósofo, personalmente, debe adherir a ese valor, éste debe conformarse vitalmente, ser pensar encarnado.

Por ello nos dice que “Sólo una potente personalidad, un espíritu vuelto apasionadamente hacia el recóndito seno de las cosas, hipnotizado por el misterio de la realidad, concibe esas hipótesis metafísicas que perduran, esas interpretaciones luminosas y profundas del conocimiento y la moralidad que son conquistas eminentes del pensamiento humano. La dosis de verdad que a un filósofo le haya sido dado alcanzar será siempre un punto discutible. Pero si la verdad de sus nociones sólo en parte depende de él, hay algo que sí depende de él en absoluto, y es la veracidad, la incorruptible voluntad de verdad, la ferviente proyección hacia la verdad con todas las energías de su ánimo. Y esto, que es inseparable de la filosofía, es atributo del filósofo en cuanto filósofo y en cuanto hombre”.10

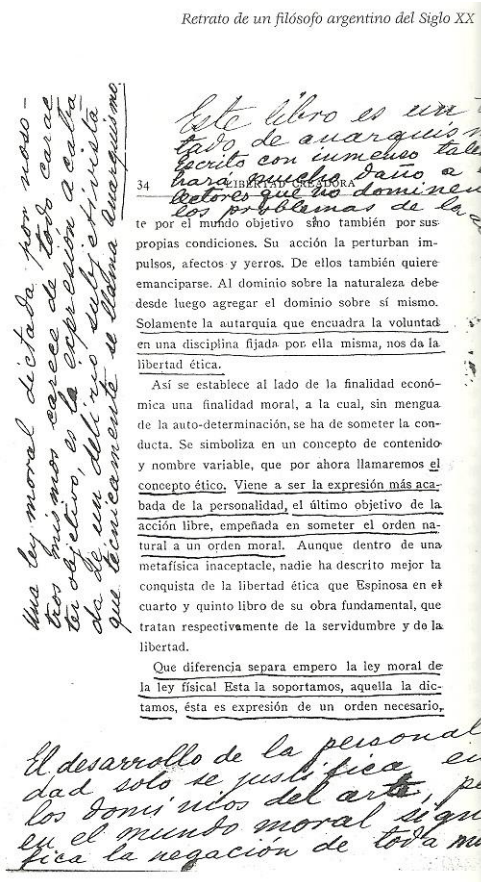
Él mismo corrobora estas nociones con las actitudes que toma en la vida, en su alejamiento del ejército cuando decide dedicarse a la filosofía, mostrando que lo impulsaba una verdadera vocación y no era la filosofía ni ornamento ni entretenimiento superficial, sino que era su tarea de vida. Que debía seguir ese camino lo demuestra, además, tras su conversación con Alejandro Korn quien lo insta a dedicarse al filosofar y le pide encarecidamente que se ponga al frente de su propia cátedra. Hecho el pedido, da la palabra que asiente, y sólo resta, entonces, cumplir con la promesa hecha a su maestro, jerarquía que le reconoce a Korn como filósofo y como persona.

Es a él, junto con Alfredo Ferreira y con el general Mosconi a quienes llama sus maestros pues “ a ventura de tener maestros es uno de los mayores bienes que me ha deparado la vida” dice, y no puede sino rendir tributo a sus memorias ya que un maestro es quien enseña siempre a su alumno a encontrar el verdadero camino. Primero fue Alfredo Ferreira, positivista y humanista a la vez, quien le inculca, como profesor de idioma y literatura en las primeras décadas del siglo veinte, el amor por los libros y recuerda que “Sófocles, Shakespeare y Cervantes eran como amigos suyos con los que conversaba incansablemente” pues había buscado en sus obras “la entraña espiritual, el núcleo vivo...derramando sobre los textos una luz deslumbradora”. Fue Romero un asiduo concurrente a las reuniones que el profesor Ferreira hacía los domingos por la mañana en su casa y allí había conocido su valiosa biblioteca. Del General Mosconi no tiene sino

entrañables recuerdos ya desde el momento en que fue nombrado su ayudante en la Aviación Militar y expresa que “el conocimiento de Mosconi ha sido una de las experiencias más profundas y luminosas de mi vida...personalidad singular, única... duro y cristalino como un diamante.” Piensa que era severo con los demás porque lo era consigo mismo. “Quería construir sólidamente en el ahora, pero construir contando con lo venidero, agrandando sus diseños para que en él cupiese el porvenir” 11

Y recuerda a Korn, a quien conoció en 1924 ó en 1925 como el que “le alteró el plan de vida” ya que para Romero, militar en ese entonces, la filosofía era cuestión privada, mas fue después de la reunión ya mencionada con el maestro platense que se vuelca por entero a la filosofía, pero ya en forma de enseñanza y difusión, tanto como ensayista cuanto como profesor.

Francisco Romero leía y “dialogaba” con lo que leía. En los márgenes dejaba sus elogios y también sus críticas. Esto es un testimonio en uno de los libros de su maestro, Alejandro Korn



Ejemplo de cómo escribía en los márgenes de los libros y subrayaba en los mismos

Sustentando esas ideas escribe con absoluta honestidad que “El filósofo –grande, mediano o ínfimo- que no es fiel a la propia experiencia, que la supedita a otros motivos, se traiciona a sí y traiciona a los demás” 12, traición que ya nos la había señalado Platón cuando en la *República*, al hablarnos de la relación entre el filósofo y su ciudad, nos muestra la corrupción en la que puede caer la naturaleza filosófica cuando se desvía de su camino, cede al halago fácil y traiciona sus cualidades. El hombre que así obra se rebaja a sí mismo al convertirse en su propia fuente de mal - pues termina siendo un resentido- pero también en un mal para los otros, ya que abandona el sitio de guía y orientador y permite que vayan hacia ese lugar los “caldereros calvos”, que no son sino gente ambiciosa sin preparación adecuada, intrusos en la disciplina que “infringiendo las normas del decoro, se complacen en odiarse e insultarse mutuamente y reducen su discurso a cuestiones personales” 13. De resultados de ello, concluye el pensador griego, se instalan en las ciudades las crisis y el caos.

A Romero le debemos, además de su labor profesional académica, la apertura del país, en su faz filosófica, hacia Latinoamérica, tanto al establecer numerosos lazos con sus coetáneos en la región cuanto al reconocimiento del movimiento filosófico que se constituye en esos países. Asevera que éste nace con el grupo que ha llamado “los fundadores”: el peruano Alejandro Deustua, el mexicano Antonio Caso, el chileno Enrique Molina, el uruguayo Carlos Vaz Ferreira, y el argentino Alejandro Korn”.14a La injerencia de lo personal en lo filosófico tiene una de sus muestras en este concierto de figuras que, al mismo tiempo que fundan la filosofía, le han transmitido un ejemplo, que no es únicamente el de su aportación doctrinal, sino también el de sus personalidades, en las que coincidieron “la inteligencia preclara, la dignidad de la conducta y la constante voluntad de servicio”14b. Precisamente por estas condiciones que en ellos concurrieron han llegado a convertirse en el origen de una tradición.

Romero, hombre de buena fe, confiaba en el país, y soñaba con la normalidad filosófica, que permitiría afianzar la tradición filosófica cultural y se preocupaba, asimismo, en la formación de discípulos. Y fue uno de ellos, Adolfo P. Carpio quien recordó siempre a su maestro como una presencia viva, pues sostenía que sólo importa la vida que se ha vivido con honor porque el recuerdo de ella crece con el paso de los años y, coherente con sus ideas, quiso homenajear a don Francisco- así llamaba a Romero- dedicándole un libro. En él lo recuerda como maestro y como amigo y sostiene que “en una época y en un país donde las palabras parecen haber perdido todo auténtico sentido, es preciso meditar sobre el destino de Francisco Romero para convencerse de que hay vidas ejemplares, de que hay personas que todavía respetan y cultivan las grandes palabras del hombre: amor, amistad, generosidad, libertad, justicia” 15 a, y considera que a la filosofía debe comparársela con la obra de arte pues, ambas, “cuando lo son verdaderamente, sólo

denuncian su calidad y nobleza con el paso del tiempo. La grandeza de la obra de arte o de la obra del pensamiento, se mide por su capacidad para resistir los óxidos del tiempo...15 b

Leo, aún, en mi memoria, la frase que habían inscripto en la puerta del Instituto de Lenguas Clásicas cuando estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras: *Xalepá ta kalá*, “Lo hermoso es difícil”. Esta advertencia de Platón, traspasando los tiempos, sigue vigente y, aunque la tarea sea difícil, el camino que nos han señalado los que nos precedieron es el que debemos transitar. Contra la corrosión devastadora de ese óxido que se llama olvido debemos levantar el muro del recuerdo y seguir labrando el suelo, cultivar las ideas, mostrar con el ejemplo. Tal vez, algún día, el arduo hoy se haya convertido, para otros, en un sereno andar.

Notas

- 1.- Romero, Francisco, *Selección de escritos*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación en coproducción con Marymar ediciones, 1994, p.203.
2. *ibid.*, p.23
- 3.- Romero, Francisco, *Filosofía de la persona*, Buenos Aires, Losada, p.20.
- 4.- *ibid.*, p.15
- 5.-*ibid.*, p.21
- 6.- *ibid.*, p.21
- 7.- *ibid.* p.24/5
- 8.- *ibid.*, p.33
- 9.- *Fichtes Werke* (ed .I. H. Fichte) Band I, Berlin, Walter de Gruyter, 1971, p. 434
- 10.- Romero, Francisco, *Relaciones de la filosofía*, Buenos Aires, Perrot, 1958, p.38
- 11.- Romero, Francisco, *Selección de escritos*, edic. cit., p. 206/7
- 12.- Romero, Francisco, *Relaciones de la filosofía*, edic. cit., 1958, p.40
- 13.- Platón, *República*, 500 b.
- 14 a y b.- Romero, F, *Selección de escritos*, edic. cit., a) p.196 y b) p.195

15 a y b.- Adolfo P. Carpio, *Francisco Romero, persona y pensamiento*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 2000, a) p.39 y b) p.18